

Primer recuerdo

Jesús Campos García

Próximo a un apeadero de ferrocarril, TUFO TOPES, vagabundo de aspecto pintoresco, recoge ramas y matojos secos. Desde el tejado de la estación, una viejecita vestida de blanco con cintas y flores en el pelo, le hace señales con la mano. Cuando TUFO se acerca a la estación, un golpe de viento arrastra matojos, levanta una fuerte polvareda, golpea puertas y ventanas. La viejecita tira chinatas a TUFO y le sonríe. TUFO contesta con una sonrisa de circunstancia que, al volverse, cambia en cara de fastidio. Ella baja del tejado. TUFO TOPES camina con paso firme; no obstante, hay momentos en que sus movimientos delatan un estado de embriaguez crónico. Al pasar entre unas construcciones anexas al apeadero, la viejecita le sale al paso.

TUFO TOPES

Mira, déjalo estar. Yo te entiendo, te entiendo perfectamente; te entiendo, no creas que no te entiendo, pero también tú tienes que poner de tu parte, también tú tienes que hacer por entenderme. Yo también tengo mis razones. Compréndelo. Somos amigos, ¿no? Pues eso. Apenas nos hemos tratado, de acuerdo. A lo más, habremos coincidido tres o cuatro veces en toda la vida, pero eso es lo de menos, tú sabes que siempre, y eso tienes que tenerlo muy claro, siempre te he considerado mi mejor amiga. ¿Qué digo mi mejor amiga? Mi amiga, mi compañera, mi amante. Eso es, mi amante. Mi única amante.

(Entran en la sala de espera. Hay unas mantas sobre un banco, y, junto a la estufa apagada, en el suelo, una botella de vino. Él le habla con cierta rutina que no impide la sinceridad, pero sí el entusiasmo, hasta el punto de que a veces hay destellos de fastidio.)

TUFO TOPES

Está bien ser la amante. ¿No? ¿No te parece bien? ¡La amante! La que ama, la compañera del amor. Está bien, ¿no? Está muy, muy, muy, pero que muy bien. Ya lo creo, pero que muy bien. Así que ya me explicarás, porque lo que es yo, es que no veo la necesidad, a cuento de qué, ahora, de repente, y no sé por qué, porque es que no sé por qué, pues eso, me pides... me sales con que quieres que me case contigo. Compréndelo, es que hay cosas que no hay por dónde cogerlas. Estamos bien como estamos, digo yo, ¿no? Y que no se puede hacer una cosa así, no señor, no se puede, conociéndome como me conoces, no puedes pedirme que haga una cosa así.

(Tirando lejos unos trozos de leña.)

TUFO TOPES

Está... está mojada, esta leña está totalmente mojada, no sé cómo va a arder. *(Tosiendo.)* Y este dichoso resfriado.

(TUFO va partiendo ramas y cargando la estufa. Cuando la viejecita se le acerca, sus andares y movimientos son más firmes.)

TUFO TOPES

Sabes que te amo. Sí, sí, te amo. Lo sabes, siempre te he amado, y si no, ¿qué es lo que he hecho yo toda la vida?, ¿eh?, dime. Desde la primera vez que nos vimos... Bueno, yo diría que desde antes, siempre, siempre, lo único que he hecho ha sido ir detrás de ti. Reconócelo, lo que se dice toda una vida buscándote. Y claro, lo que no se puede entender es que ahora, cuando menos te lo esperas, y donde menos te puedes imaginar, llegues, te presentes... vamos, que te aparezcas así, de improviso, y porque encuentres una casita en ruinas, un asqueroso apeadero de tren, se te ocurre nada menos que convertir este lugar inhóspito en un hogar. No, eso, mira, lo siento, pero no; no puedes pretender, a estas alturas, que me quede aquí para siempre haciendo vida familiar. A estas alturas, no. Además, uno tiene unos hábitos. No sirvo, sé que no sirvo para estar parado en un sitio. No puedo estar parado como los árboles. Yo sé, sé que voy a saltar al primer tren que pase, y lo tienes que entender. Pero, de verdad, ¿te figuras a Tufo, a Tufo Topes, al incansable Tufo Topes, a Tufo el aventurero aparcado en vía muerta, viendo pasar los trenes, así, sin más? Mira, he cruzado dos veces el Atlántico, he viajado qué sé yo las veces en todos los trenes de Europa; lo mío es eso, la aventura, ir de acá para allá, no puedo ponerme ahora a sembrar patatas. Mira, no, lo siento, no podemos ahora acomodarnos como dos viejecitos.

(Mientras habla, toma un postigo de ventana y lo golpea contra el suelo para astillarlo y continúa cargando la estufa. No deja de hablar mientras lo hace, aunque da muestras de cansancio por el esfuerzo.)

TUFO TOPES

Además, nuestro amor es una locura, una locura maravillosa, y tenemos que vivir esa locura. Estamos hechos a eso, a vivir con riesgo, buscándonos, esperando un encuentro imprevisto. Lo siento, pero no puedo hacerme a la idea.

(TUFO TOPES sale de escena a otra dependencia interior.)

TUFO TOPES

Ahora, si lo que te pasa es que te sientes mayor, si es que te sientes envejecer, dilo, reconócelo. Te llevaría... puedo llevarte a un asilo.

(La viejecita sale tras TUFO TOPES, al tiempo que éste entra con una manta. Y ella vuelve inmediatamente a entrar.)

TUFO TOPES

Si es eso lo que quieres, si es que es eso lo que necesitas, dilo. Mira, hay gente a quien le gusta la vida tranquila. Yo entiendo que, en un momento dado, te pueda apetecer detenerte y descansar. Lo entiendo, de verdad, lo que pasa es que yo no lo siento así.

(La viejecita pasa tras una mampara y, al reaparecer, es veinte años más joven.)

TUFO TOPES

Podía ir a visitarte, ¿no te parece divertido? Por sorpresa, cuando menos lo esperaras, allí estaría yo: afeitado, las uñas limpias, con cara de visita. Al fin y al cabo, todos nuestros encuentros han sido siempre así, por sorpresa. Me compraría un traje nuevo; tengo algún dinero. Mientras, pensaríamos el uno en el otro, ansiaríamos el momento de volvernos a ver. Y los encuentros... los encuentros serían como antes, vivos, excitantes. ¿Recuerdas? Eran encuentros cortos, brevísimos, apenas segundos, como relámpagos, rayos de una tormenta, pero eran intensos.

(Transición.)

No, nunca he podido vivir sin ti, es absurdo, lo sé, pero tampoco ahora podría vivir contigo.

(La mujer de blanco, con apariencia ahora de mayor belleza, le acompaña y escucha cálidamente. Y mientras extiende las mantas, rompe a reír.)

TUFO TOPES

Sí, sí, ríete si quieres. Lo sabes, me entiendes, me entiendes perfectamente. Toda la vida, te he dedicado toda la vida. Toda, toda la vida buscándote, y tú ahora, así, sin más, vienes y quieres que me quede contigo para siempre. ¿Pero cómo puedes...? ¿cómo quieres hacerme una cosa así? Si estamos juntos, ¿no te das cuenta?, si

estamos juntos, ya no voy a poder buscarte nunca más.

(Se calienta las manos con el vaho, va al hatillo, toma las cerillas e intenta encender la estufa sin conseguirlo. Tiene un acceso de tos.

TUFO vuelve a calentarse las manos con el vaho. La mujer de blanco, desde su belleza y serenidad, toma sus manos para calentárselas, al tiempo que ríe cariñosa.)

TUFO TOPES

No, no te rías. Y déjame las manos. Sabes, sabes que lo he dejado todo por ti, lo sabes, ¿no? Pues eso.

(Va haciendo bolas de papel con unos periódicos y colocándolas en la estufa.)

TUFO TOPES

Nada en la vida me importa, excepto tú. Desde que nos vimos, desde la primera vez que nos vimos, toda mi vida te pertenece.

(Transición.)

Yo, yo corría, corría por el Paraninfo, lo tengo aquí metido, presente como si acabara de pasar, corría... iba muerto de miedo, habían comenzado a disparar, alguien tiró una botella con gasolina y ellos empezaron a disparar. No sabía... no lo tenía claro, no sabía qué era lo que pasaba, pero me entró... me entró un miedo terrible. Corría, bueno, no sé si corría, quería correr y las piernas no, las piernas no me respondían, las piernas me pesaban como si fueran de plomo.

(TUFO, agachado junto a la estufa, se ha detenido con el recuerdo, sin llegar a encenderla. La mujer de blanco, en la plenitud de su belleza, le cubre los hombros con una de las mantas.)

TUFO TOPES

Tú, entonces tú, como... como una paloma, eso es, como una paloma; tú, como una paloma, volabas a mi lado, y ya todo fue distinto. Tú crees en el flechazo, ¿verdad? Fue así, apenas un segundo, sólo un instante corriendo juntos entre las balas y era como conocernos de toda la vida, era como si ya supiéramos todo el uno del otro.

(Consigue encender la estufa, lo que al principio origina una gran humareda. Corre a abrir la ventana. Toses.)

TUFO TOPES

Este tiro funciona fatal, además, lo que pasa es que la madera está mojada.

(Vuelve a cerrar la ventana, se para junto a la estufa y se sienta a los pies del banco.)

TUFO TOPES

Y no fue aquella la primera vez que nos vimos. Lo sé, estoy seguro. Ya entonces tuve la sensación de que te conocía, de que te había visto antes. Fue como encontrar algo que buscas sin saber. No sé, nunca lo tuve claro, fue todo muy confuso. Pero estabas allí y era lo único que importaba. ¿Por qué no te quedaste entonces? ¿Por qué no me dijiste que te quedabas conmigo para siempre? Hubiera estado bien abrazarnos allí mismo, fundirnos, desaparecer. Ahora todo es distinto, el cuerpo ya está hecho a la aventura, amoldado a la huida. Qué quieres, he perdido la fe en el imposible, y lo único que quiero es escapar.

(Cruzando tras la mampara de la estufa, se produce una nueva mutación en la mujer de blanco, que ahora aparece con apenas veinte años.)

TUFO TOPES

Te he buscado, lo sabes, ¿no? Continuamente. Tantas veces he corrido en carreras estúpidas, pensando que arriesgando la vida volvería a encontrarte. La verdad es que no sé si te buscaba o si huía de ti. No lo sé. Nunca lo entendí, ni nadie lo hubiera entendido. *(Rompe a reír.)* ¿Y cómo lo iban a entender?, a ver, ¿cómo lo explicaba?, ¿eh? ¿Qué tenía que haberles dicho para que lo entendieran? “No me esperéis, no vuelvo a casa, dejo los estudios, he visto a una chica junto a mí mientras me disparaban, y dejo los estudios. Me marcho porque no sé quién es, no sé dónde está, y me voy a buscarla no sé a dónde”. Nadie lo hubiera creído, tampoco yo, claro, pero lo hice, no sé por qué, pero lo hice. ¿Y qué otra cosa podía hacer? ¿Qué sentido tenía acabar la carrera, volver a cruzar el charco, abrir despacho, casarme con Purita y comprarme un piso en el ensanche, después de haberte conocido?

(La MUERTE adolescente acaricia su pelo. Él apoya la cabeza en su regazo.)

TUFO TOPES

Después de conocerte, todas las cosas se quedaban pequeñas, y justo las cosas ya de por sí pequeñas eran las únicas que tenían interés para mí; cosas en las que antes jamás había pensado pero que desde entonces son las únicas que me interesan. Son cosas tontas, como oír los grillos, contar los traqueteos del tren, distinguir las estrellas cuadradas de las redondas, cortar los cañitos de agua en rebanadas. Cosas que no pretenden nada, pero que son las únicas que sirven para vivir el tiempo sin sentirte ridículo. Porque, ¿qué otra cosa se puede hacer para llenar el tiempo cuando se tiene claro que el tiempo sólo sirve para esperarte?

(Hay un revuelo de mantas. TUFO TOPES se incorpora, las sacude y estira. Cuando vuelve a sentarse, mutada junto a él la MUERTE-NIÑA a la

que sienta en sus rodillas, y la arropa, y le habla como quien cuenta un cuento.)

TUFO TOPES

Una vez en Cullera, o en Gandía, no recuerdo muy bien. No, no, no, en la playa de San Juan, bueno, llegando a la playa de San Juan, ¿te acuerdas? Yo estaba separando las chinas negras de las chinas blancas, apenas llevaba mes y medio separándolas, cuando la Guardia Civil, que no entendía muy bien qué era lo que estaba haciendo, quería llevarme por loco o yo qué sé. Y estaba quedando muy bien, ¿verdad? La parte de arriba negra, y donde rompían las olas, blanca. A mí me gustaba cómo estaba quedando. Bueno, tampoco había hecho nada del otro mundo, en mes y medio no dio tiempo para gran cosa, pero estaba bien, se veía que iba a quedar bien. Ya ves qué fácil, sólo separaba las chinas, unas arriba y otras abajo, y pensaba en ti. Te sentía, sentía cómo me mirabas desde los acantilados. Yo no sé por qué la gente de aduanas se figuran siempre que todo es contrabando. Es fácil de entender, me parece a mí, “pues mire usted”, le dije yo, “estoy separando las chinas negras de las chinas blancas, pongo las negras arriba y las blancas abajo porque pienso que así queda mejor el blanco entre el azul y el negro, ¿no? También podía haberlo hecho al contrario, sobre gustos no hay nada escrito, pero para mí que queda mejor así”. Pues se empeñaron en que estaba haciendo señales. Yo no sé qué les entró en la cabeza de que estaba haciendo señales yo qué sé a quién, vamos que en qué me vi de convencerle. Así que, cuando me soltaron, escapé ligero hacia los acantilados. Y allí, ya ves, cuando menos lo esperaba, volvía de nuevo a encontrarte. No a verte, pero sí a sentirte cerca, muy cerca, cantándome canciones de viento y agua desde los abismos.

Toma un sorbo de la botella.

TUFO TOPES

Vinagre, vinagre puro; con el tiempo, esto se hace vinagre.

Incorporado como está, mete unas tablas en la estufa.

TUFO TOPES

No, no te veía, pero en el vértigo te adivinaba. Era como si me mandarás cartas con mechones de pelo y cintas de tu ropa.

TUFO TOPES echa atrás su cabeza con cara de dolor.

TUFO TOPES

Me debe estar subiendo la fiebre; y la espalda, me duele la espalda, se ve que he cogido frío.

(La niña de blanco, apenas siete años, le acaricia, le

limpia el sudor, le cubre con la manta.)

TUFO TOPES

Vinagre, vinagre, vinagre... Claro, fue entonces. Vinagre... Ahora lo recuerdo, ¿cómo pude olvidarlo?, fue cuando niño, no fue en la universitaria cuando nos vimos la primera vez. Ahora, ahora lo tengo claro, eras tú, claro, mi primer amiga, tenía... ¿qué edad tendría yo?, ¿ocho?, ¿nueve años? Fue aquí, en casa, antes de que marcháramos a América, fue cuando tuve aquella cosa del pulmón y hacía reposo en la mecedora, no, en la hamaca, era una hamaca. Las golondrinas anidaban en el muro de enfrente; pasaba las tardes... Todo el día, pasaba todo el día viendo cómo las golondrinas aterrizaban en los agujeros del adobe; qué tardes tan largas y tan tristes. Tenía mucha fiebre, y tú me limpiabas el sudor, me ponías paños de vinagre; cuando me subía mucho la fiebre, me ponías paños de vinagre en la frente y en las sienes, y cuando me despejaba, nos contábamos cuentos y jugábamos a conocer la soledad, la amargura. Cuánto pasillo inútil, corredores oscuros, caminos enroscados. Tanta y tanta fatiga para volver aquí. El centro del final es el principio. *(Lentamente, con una gran sensación de paz.)* Acabemos de una vez si es que ya hemos llegado. Tanto tiempo escapando y eras tú, mi muerte aplazada, mi compañera final, mi primer y último amor. Finalmente dentro de mí.

(TUFO TOPES queda caído entre el banco y la estufa, la botella de vino derramada en el suelo. La niña le abandona, nadie se acurruca entre sus brazos, sólo unas cintas y unos mechones de pelo sobre su pecho. Un ruido ensordecedor, rompe el silencio y la soledad de la sala de espera. Sin detenerse, un tren de mercancías, pasa frente al apeadero y se aleja hasta perderse en el horizonte.)